

ANTONIO NOTARIO RUIZ | MIEMBRO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MANCHEGOS Y DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Benjamín Fernández Ruiz, continuador del humanismo científico de Santiago Ramón y Cajal

Benjamín, científico humanista, generoso con su tiempo y su saber, gran conversador y profundo amante de la Mancha y de todo lo manchego

Estos días de agosto, en especial el 15, el de la patrona de Ciudad Real, la Virgen del Prado, algunos de ustedes habrán echado de menos a uno de nuestros paisanos más carismáticos: Benjamín Fernández Ruiz, fallecido el pasado mes de junio.

Hasta este año no había faltado nunca a su cita con la patrona, de la que ha sido durante toda su vida muy devoto, continuando la tradición familiar: la de su padre, Luis Fernández, y la de su abuelo, Pepe el Sastre, José Ruiz Sánchez. De este último, hijo de Cañada de Calatrava, había heredado Benjamín la bonhomía, la simpatía desbordante y lo que antaño se mencionaba como 'don de gentes'.

Por suerte o por desgracia, Benjamín pasó a formar parte desde muy joven de la diáspora manchega que tanto ha beneficiado a diferentes ciudades y regiones, españolas o de otros países. En su caso, ha sido Madrid la gran beneficiaria de ese proceso demográfico, pues allí ha residido durante cerca de sesenta años. Allí ha formado una familia y ha cuidado numerosas amistades, con especial atención a quienes llegaban desde la Mancha. Allí también consiguió su título de Doctor en Biología, alcanzando después nada menos que la Cátedra de Biología Celular de la Universidad Complutense en 1977. Un poco más adelante, entre 1987 y 1994, llegó a ser Vicerrector de Departamentos y Centros de la misma.

Es fácil que muchos de quienes han tenido la suerte de conocerlo y tratarlo desconoceran alguna de las facetas más importantes de su vida. Entre ellas, su calidad como docente, fruto de sus dotes personales y de la impronta que dejaron en él los Marianistas, con los que se formó y compartió amistad, energía, tiempo y fe. Tampoco ha sido conocida por todos su vocación por la escritura, que le llevaba a colaborar en la prensa escrita y a aventurarse en territorios de una narrativa más formal escribiendo algunos cuentos. Y es que Benjamín, como gran vitalista que era, estaba inmerso en la ciencia, pero siempre sintió la fascinación estética de la música, de la pintura

ra y de todo tipo de escritura creativa. Ha sido, en definitiva, un científico humanista. Esa faceta pasaba siempre por el Quijote, que conocía muy bien. Pero pasaba también por ese quijote de los laboratorios que tuvo que luchar contra molinos mucho más reales que el ilustre hijo del ingenio cervantino: Santiago Ramón y Cajal.

Porque los textos de investigación del célebre Premio Nobel estuvieron entre las consultas y referencias permanentes de Benjamín. Tanto en las bibliotecas universitarias como en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas o en la Biblioteca Nacional, las argumentaciones, las conclusiones y en especial los métodos *cajalianos* fueron siempre motivo de reflexión y de inspiración para el ilustre catedrático manchego.

Estaba al tanto de todas las novedades que surgían en torno al legado de Cajal. En especial disfrutó con la exposición que tuvo lugar en el año 2003 en la Casa Encendida madrileña: *Santiago Ramón y Cajal (1852-2003). Ciencia y arte*. El magnífico catálogo que se publicó entonces recogía multitud de ilustraciones que ya conocía él por la consulta y lectura de otras muchas publicaciones de textos de Cajal, pero que, expuestas y editadas con rigor, ganaban en calidad visual y en impacto plástico. Además, se valoraba en la exposición la faceta de Cajal como fotógrafo, que también ejercía una fascinación estética sobre Benjamín, otro ejemplo de su profunda sensibilidad artística.

Esa sensibilidad es la que le condujo a los textos no científicos de Cajal: Los Tónicos de la Voluntad —que deberían ser obligatorios para jóvenes científicos y humanistas en sus comienzos universitarios—, las *Charlas de Café* y *El mundo visto a los ochenta años* —tan incorrectos políticamente como necesarios por muchos de sus aciertos—, y, de forma especial, los cuentos.

A ellos dedicó su discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España en un ya lejano octubre de 2001. Lo tituló *Cajal a través de sus cuentos de vacaciones* (narraciones

seudocientíficas). En ese discurso y en los artículos y cuentos escritos por Benjamín —como *El amigo de San Huberto*, integrado en la antología que publicó la Biblioteca de Autores Manchegos en 1984— late una vocación literaria que, por desgracia, no desarrolló más que parcialmente. Al comienzo del discurso, Benjamín declara sin vacilación: «Don Santiago Ramón y Cajal es 'mi ídolo' desde que tengo uso de razón». Y continúa desgranando algunas de las muchas muestras de esa relación que se glosa en este breve apunte. La pluma de Cajal pretende alcanzar objetivos no solo literarios al escribir aquellas narraciones.

A Benjamín le sorprendió el casi general desconocimiento por parte del público de estos cuentos que Cajal había escrito en torno a los años 1885 y 1886. Son textos de crítica social, de crítica religiosa, muy lastrados algunos por ideas de su época y otros, muy valientes. Son también, como señalaba Benjamín al final de su discurso, cuentos protagonizados por la voluntad, rasgo fundamental en la cosmovisión *cajaliana*. Es posible que las dotes narrativas de Cajal no alcanzaran a las científicas, pero la lectura de sus cuentos no dejará indiferente a quien tenga oportunidad de leerlos, como no dejó indiferente a Benjamín, científico humanista, generoso con su tiempo y su saber, gran conversador y profundo amante de la Mancha y de todo lo manchego.

Las ciencias y las humanidades han avanzado juntas a lo largo de la historia y los mejores representantes de una de ellas siempre lo son de las otras. Ese ha sido el caso de Benjamín Fernández Ruiz (1940 - 2022), un digno continuador del proyecto científico y humanista de Cajal. Sus numerosos alumnos y alumnas, discípulos y discípulas continuarán, sin duda, ese legado. Ahora, al echar de menos a Benjamín, conviene no olvidar que junto a su afabilidad, su sonrisa, su fervor religioso y su mancheguismo, hemos perdido a un científico humanista que continuó y desarrolló el impulso científico y literario de Santiago Ramón y Cajal.